

Finalmente, por la hermosura que involucran, por la fe en la cultura de que están transidas—fe contradictoria, si recordamos sus conceptos sobre la instrucción pública—, no podríamos cerrar la recopilación de este ideario, sin dar a la estampa las palabras con que Edwards Bello, subraya el valor fundamental de la sabiduría y el arte en las sociedades, premisa aún incomprendible para la casi totalidad de nuestros políticos. Expresa: «El crecimiento de Génova, de Venecia, de Marsella y de Barcelona depende en parte de la posición y en parte del patriotismo de sus hijos. Valparaíso, la ciudad del viento, ha sido albergue pasajero de la gente que cobijó. Nada queda para insinuar al viajero su esplendor comercial; no posee joyas de arte capaces de figurar en las guías del turista. En cualquier poblacho de Europa hay alguna torre, algún arco o acueducto revelador de las generaciones que pasaron. En Valparaíso no permanece nada. Una lectura de los epitafios en el cementerio nos hará saber que no quedó nadie; no hay una familia antigua en el puerto, como no sea de changos; ningún porteño célebre es hijo de porteños. ¿Y eso proviene de qué? De que el hombre de dinero no creyó en el arte. Solamente el arte atrapa a la gente y la hace permanecer; lo más sutil tiene la mayor fuerza para arraigar. No hay una maravilla de arte en el puerto. El hombre pasó como la manga de langostas y si me pidieran la definición de la arquitectura yo diría esta sola palabra: *calamina*. No se ve otra cosa, como para probarnos el carácter pasajero y transitorio de la ciudad. El rumor que arrulló nuestra cuna es aquel ruido del viento Sur cuando suena en las latas de los techos y los alambres del teléfono. Viento y lata». (Pág. 449).—ANTONIO DE UNDU-RRAGA.

<https://doi.org/10.29393/At231-133HSRA10133>

UN HOMBRE SIN SUERTE. Cuentos, por **Benedicto Chuaqui**. Orbe

Benedicto Chuaqui es un escritor singularmente laborioso. Se inició en las letras hace cortos años, cuando ya un acervo

de experiencias, observaciones y cultura le capacitaba para entregar su obra de madurez. A diferencia de la mayoría de nuestros escritores, no se ha formado a la vista del público, sino que se ha lanzado a la publicidad después de los cuarenta años, en la horas cenitales del espíritu.

Su producción es abundante. «Por el Bien de los Hombres», «Meditaciones Mínimas», «Ensayos sobre Paremiología Árabe», «Paremiología Comparada», «Memorias de un Inmigrante», que obtuvo el Premio Municipal de Novela, son obras que dan fe de sus nobles cualidades. Chuaqui una clara e inteligente visión de la realidad, tanto de la naturaleza como del individuo; sabe componer sus relatos, combinando hábilmente sus elementos; posee un estilo fácil y agradable; tiene el don de interesar y atraer, por su habilidad de escritor y también porque escribe con placer, con fruición de relatar sus recuerdos y sus claras y nítidas observaciones sobre caracteres, episodios, sobre el agitado y abigarrado cuadro de la vida.

Natural de Siria, nuestro autor ha viajado bastante, ha conocido diversos ambientes humanos, sociales y naturales, lo cual le permite coger lo característico y significativo de cada medio, ya que la comparación es la medida de la singularidad y relieve de seres y cosas. Vive, observa y escribe deleitosamente. No es raro que este placer se comuniqué al lector, que se siente contagiado por su simpatía y su comunicativa espontaneidad.

Integran este volumen numerosos cuentos. Algunos ocurren en Siria y nos pintan las costumbres y modalidades de aquel ambiente sencillo y cordial, de vida ingenua y patriarcal, donde la proximidad de la Tierra Santa parece comunicar a los hombres algo de su pureza ingenua y de su propensión a lo sobrenatural y milagroso. Otros temas tienen por escenario a Chile y muestran a personajes árabes alternando con chilenos, en un roce de modalidades, creencias y caracteres lleno de novedad e interés.

Desde luego, los relatos sirios tienen para nosotros gran encanto. No sólo por las condiciones de narrador del autor, la acuidad de su memoria, que le permite actualizar y desarrollar el medio físico y humano como si el pasado se repitiera en beneficio suyo y nuestro, sino por lo exótico y novedoso para nuestra literatura del asunto. Así Chuaqui enriquece la novela y el cuento chilenos, los lleva a regiones lejanas y desconocidas, les abre horizontes físicos y espirituales ignorados. Nazira la Alucinada, Tamer el Ingenuo, Un Truhán, nos hace viajar por esas remotas zonas de desiertos visionarios y fértiles oasis, de angostos valles caudalosos de vegetación, de personajes que viven al margen de la fiebre y las inquietudes de Occidente, en remansos del tiempo, aislados en su atmósfera de cristal de la tumultuosa influencia europea. El árabe, habitante del desierto, es imaginativo, vive en un mundo fantástico de sueños y leyendas. La realidad telúrica sólo es el punto de apoyo para arrojar al aire el vuelo imaginario. Los hijos de Scherezada siguen encantando las mil y una noches del desierto con sus creaciones fantásticas. No sólo el arenal, caldeado por el sol, crea bosques, lagos y ciudades irreales, sino también el beduino llena su vida nómada y pobre de ricos y encantadores mirajes. La fe en lo milagroso, de ese pueblo religioso y sentimental, se evidencia más en Tamer el Ingenuo, el buen leñador que regresa de su faena con su fiel asnillo a la siga, absorto en su amoroso ensueño. Un pícaro, al verlo abstraído, quita al pollino la jáquima y se sustituye al dócil animal. Hace creer a Tamer que su asnillo era un hombre hechizado, en castigo por sus borracheras y su crueldad con su madre, que ha cumplido ya su condena ayudándole pacientemente en su trabajo, y reasume la forma humana. Tamer acepta la metamorfosis y deja al pícaro en libertad, que va a reunirse con el burro. Tamer hace varios días penitencia, viendo en el hecho una reprobación divina para él. Días después encuentra a su asnillo en la

feria, se le acerca y le reprocha al oído su reincidencia en sus desórdenes que le habrían vuelto a la forma asnal.

Exponer un tema es desacreditarlo, cuando no se tiene el espacio y la facultad de transmitir toda la riqueza y gracia de la narración. Un truhán muestra cómo un pícaro, ejemplar que allá se da por excepción, puede medrar de la ingenua confianza de los aldeanos.

En los cuentos de asunto chileno hay más realismo. Aquí la realidad no está envuelta en la nube poética de la evocación lejana en espacio y tiempo. El medio social es también más áspero y crudo, la gente más astuta y menos imaginativa. Hay mucho del dinamismo y el positivismo calculador de Europa. Se vive con más lógica, pero menos imaginación intuitiva. La rica fantasía de nuestro pueblo parece haberse detenido un momento, asombrada ante el avance del maquinismo y racionalismo occidentales. Está como en acecho, aguardando salir de la sorpresa para reanudar su vuelo. Cogidos a veces en la trampa de la astucia criolla, prosperando gracias a una actividad incesante, adaptándose con la ductilidad de su carácter y la imposición de la necesidad, los árabes alternan y se asimilan en su nuevo ambiente. Hay afinidades recónditas de carácter, que proceden a la similitud geográfica y climática de ambos países, especialmente con el norte chileno; del caudal de sangre y cultura árabe que por España pasó a nosotros. En los relatos de Chuaqui aparecen los hijos de Arabia trabajando, buscando su cuota de placeres en el medio criollo, incorporándose a la chilenidad paulatinamente. Es todo un sector interesantísimo de nuestra sociedad, la zona en que dos pueblos se amalgaman y confunden, la que Chuaqui incorpora a nuestras narraciones, tanto en el cuento como en la novela. Y lo hace con amor y simpatía por ambos elementos humanos, ya que su tema es un proceso de adaptación feliz y progresivo.

Benedicto Chuaqui preside el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, organismo que preside el desarrollo de la intelec-

tualidad siria y chilena, en un anhelo generoso de fusión espiritual, que es un prelude de la colaboración inteligente de todos los pueblos progresistas, movimiento que tomará intenso desarrollo en la post-guerra.



NORTE GRANDE, por *Andrés Sabella*. Editorial Orbe, 1944.

Este libro de Andrés Sabella ha provocado comentarios opuestos: unos de la crítica oficial, otros de los escritores jóvenes que se identifican con el esfuerzo de Andrés Sabella de laborar una novela nueva. Esta suma de críticas en pro y en contra ha traído un gran beneficio al libro, que se traduce en su discusión y en el progresivo aumento de sus lectores. Resulta curioso que una obra no se imponga si no es insultada, empequeñecida, glosada con envidia y resquemor. Hay otros sucesos que perjudican todavía más al artista y ellos se refieren al silencio frío, implacable, a la falta de demanda por sus trabajos, factores que con toda razón lo impulsan a dudar de sí mismo. Sin embargo, un elogio continuado, a través de toda una vida literaria no convence al público, aunque tras dichas zalamerías exista una auténtica calidad; después los eruditos se encuentran con autores desvanecidos en cuya neutralidad ha influido el éxito constante. Pues bien, en este aspecto, que no puede ser el más importante entre los problemas de un creador, ya que él es árbitro único en la exigencia de su obra y en nuestros recuerdos vive la falta de prisa por la celebridad de algunos autores, es honrado que meditemos en cuanto interesa a algunos artistas el dominio de la realidad social, y el orgullo incomparable que significa amasarla en el fuego de la propia creación. Así, Andrés Sabella ha debido sufrir con las incomprensiones de su obra y sentirse restaurado por quienes no han hecho economías de los elogios, amigos, compañeros y admiradores.